

FUEGO DE CAMPAMENTO

Ignacio Lloret

SI VIVO EN EL CAMPO es porque lo estuve deseando durante mucho tiempo. De niño veía una colina verde y subía hasta la cima lleno de ilusión. En cuanto bajábamos del coche en cualquier viaje con mis padres, mi hermano Juan y yo echábamos a correr por los prados hasta que se terminaban. Estábamos hartos de calles y edificios, y una extensión de árboles bastaba para hacernos felices.

Aunque íbamos a un colegio fuera de la ciudad, su entorno no era lo suficientemente silvestre como para que nos sintiéramos en plena naturaleza. Había tierra cultivada y algunas franjas de bosque mediterráneo, pero nada comparable a lo de ahora.

Aparte de las salidas en familia o de las excursiones con la clase, me gustaban las colonias de verano. Cada año los alumnos que querían se apuntaban a una estancia de dos semanas en una finca del interior de Girona. Eran varias hectáreas de terreno metidas en un pequeño valle entre montañas. Por una de las laderas bajaba un arroyo de poca agua y junto a él se levantaban las instalaciones del campamento.

Más allá de las cabañas donde nos alojábamos, estaba la piscina, el porche del comedor y canchas de hierba para practicar deporte. A medio camino entre una zona y otra había una explanada con gradas, un anfiteatro minúsculo en el que al acabar de cenar se encendía una hoguera para todos.

Ése era uno de los mejores momentos. Después de haber pasado tantas horas al aire libre, volvíamos con la piel tostada por el sol, el cuerpo cansado del esfuerzo físico y un montón de experiencias nuevas. Entonces nos sentábamos por equipos delante del fuego y cada portavoz resumía la jornada de la forma más amena posible.

Yo recuerdo sus caras iluminadas, el crepitar de las llamas y el ruido que hacían los búhos de noche. Me gustaba esa manera de terminar el día porque había algo metódico y digno a la vez, un deseo de dar importancia a las cosas, de evocarlas antes de que se fueran. Uno describía lo que habíamos hecho, otro lo que nos esperaba a la mañana siguiente, y de ese modo no se dejaba nada al azar.

Lo más curioso de aquellas convivencias era que a veces nuestra alegría se veía empañada por un tormento interior. Habríamos sido felices de verdad si no fuese por la aceptación de la propia culpa que nos iban sugiriendo poco a poco. Y es que intercaladas entre partidos de fútbol y chapuzones en el río, entre comidas y recorridos a pie, se celebraban charlas donde los monitores nos advertían de lo difícil que resultaba no ceder a las tentaciones, de lo fácil que era pecar.

A los que nos encontrábamos a las puertas de la adolescencia, soportar esa presión se nos hacía especialmente duro. Ellos ya notaban en nosotros el principio de lo que vendría, la sombra de los cambios, y optaban por adelantarse describiéndonos los peligros del camino. En cuanto nombraban las amenazas que nos esperaban, yo empezaba a examinarme por dentro y confirmaba con temor hasta qué punto se cumplían en mí los peores presagios.



Y lo asombroso era verles reír al cabo de unos minutos. Sí, podían llenarnos la cabeza con su idea avasalladora del pecado y a continuación explotar de vida en nuestra presencia, animarnos a carcajadas a burlarnos del miedo y de la muerte. Había un contraste entre el vigor de su juventud y su insistencia en trazar un dibujo tenebroso del mundo que no acabábamos de entender.

Al final de la infancia es cuando hacemos el equipaje moral con el que vamos a viajar por la vida. Si

hasta ese momento hemos funcionado según una serie de normas de educación y reglas de conducta aprendidas en casa y en el colegio, ahora vamos a incorporar principios más complicados.

Los que a esa edad nos educan espiritualmente saben que apenas hemos leído, que aún no hemos accedido al pensamiento de otros, así que aprovechan la ocasión para injertarnos los suyos. Trabajan sobre un terreno virgen y fértil donde lo primero que se plante echará raíces correosas difíciles de arrancar después.

Y si quien siembra esas ideas no son los padres ni los profesores, sino alguien que, aun ejerciendo una autoridad sobre nosotros, sentimos cerca porque es joven todavía,

será casi imposible evitar que prosperen.

Esas personas obtienen nuestra confianza tolerándonos ciertas cosas, animándonos incluso a cometer pequeñas transgresiones. Su manera de convencernos es ofreciéndonos un intercambio del que siempre salen ganando. Levantan las prohibiciones que nos imponen otros, sonríen viendo cómo bebemos y fumamos delante de ellos, y saben que a cambio seremos implacables con nosotros mismos en aquello que de verdad les interesa.

En aquellas estancias de quince días los que dirigían el campamento reservaban una noche para jugar al



cercos. El plan consistía en formar dos equipos, uno de alumnos mayores y otro de chavales y monitores. Los primeros tenían que intentar entrar en un perímetro acordado de antemano y vigilado por el segundo grupo. Éste se dividía en patrullas repartidas por todo el terreno y encargadas de hacer la frontera impenetrable.

Durante varias horas se vivía un ambiente de excitación. Con las caras pintadas de negro y el máximo sigilo posible, los de fuera aprovechaban un cielo sin luna para moverse en la espesura y avanzar poco a poco hacia la fortaleza. Desde su escondite en cada posición alcanzada, oían nuestras voces infantiles y veían el haz de las linternas más allá de los árboles. Sabían que teníamos miedo aunque fuese un juego, que nos mantendríamos juntos todo el rato y que no nos alejaríamos de la luz.

A veces nosotros descubríamos a un enemigo detrás de unos arbustos o tumbado en un prado. Entonces lo hacíamos prisionero y lo llevábamos deprisa con los demás. Al final se lanzaba una bengala de colores y el cerco terminaba con un recuento bajo las estrellas.


Sé que puede extrañar esa mezcla de crítica y nostalgia y, sin embargo, quiero que suene así. Quiero que quede la impresión de que había herramientas útiles en su forma de transmitirnos mensajes equivocados.

Había ocasiones en que éramos un grupo pequeño delante del fuego. El último día de cada campamento ellos aprovechaban la hoguera para avisarnos de lo que empezaría a ocurrir en otoño. Dejaban la guitarra después de varias canciones y nos decían que pronto perderíamos la inocencia de esos años, que nos convertiríamos en personas diferentes.

Con la voz aún sin romper, nosotros lo negábamos, les prometíamos algún tipo de fidelidad. Entonces ellos sonreían y yo notaba una sombra de tristeza en sus ojos.

Hoy sé que les dolía ese momento porque era algo más que una despedida. Sé que con cada promoción de niños que dejaban de serlo, ellos experimentaban una especie de traición que no podían reprochar a nadie. Sé que lo suyo no era la pena del maestro cuyo discípulo crece, sino la duda del guía que comprueba con dolor que ya no le siguen, que no acaba de creer en su propio camino.

Así que más tarde nos hicimos mayores y decidimos vivir de otra forma. Alguien nos animó a leer y descubrimos los primeros libros sin entenderlos. Aprendimos que no había una única religión, sino muchas y que cada una llamaba a Dios con un nombre distinto. Aprendimos a buscar alimento espiritual en varias fuentes y supimos que necesitábamos un alma para trascender. Supimos que trascender no era esperar la vida eterna, sino un ejercicio de introspección para poder soportar ésta. Comprendimos que lo importante no era evitar el pecado, sino andar por la vida con dignidad.

Y en lo que se refiere a las vacaciones, escogimos otros destinos para pasarlas. Empezamos a viajar por el mundo y conocimos el mar en otros países. A veces, en mitad de un viaje, plantábamos la tienda en un bosque o dormíamos al aire libre y yo volvía a acordarme de aquellos veranos. Sí, tumbado en la hierba miraba hacia la noche oscura y me sentía inquieto como un niño que vigila. 

EN LA PÁGINA WEB www.pregon21.com TIENEN NUESTROS LECTORES:

- NOTICIAS DE LA REVISTA Y DE LAS ACTIVIDADES DE LA PEÑA PREGÓN
- ARTÍCULOS SELECCIONADOS DE PREGÓN SIGLO XXI
- HISTORIA DE PREGÓN
- HEMEROTECA CON REPRODUCCIÓN FACSIMIL DE NÚMEROS ANTIGUOS DE NUESTRA REVISTA
- EL FORMULARIO DE SUSCRIPCIÓN